

JORNADA

MAGAZINE MULTICOLOR DE LOS SABADOS

Suplemento Núm. 7 | SABADO, SEPTIEMBRE 12 DE 1931 | Edición de 6 páginas

LOS ESCLAVOS DE HAITI

LUGUBRE, por lo general, son los anales de la esclavitud y aun en medio de su sombría tristeza se encuentran reflejos llenos de luz y se recuerdan muestras de fidelidad y de verdadera devoción aun en aquellos esclavos en quienes sus dueños se acostumbraron a ver seres tan degradados, e incapaces de sentir una fidelidad muy semejante a la de los animales.

Los franceses, ordinariamente, no han sido malos dueños de esclavos. En un estado de excitación indudablemente, no desmienten su origen celta y en este estado cometen horribles ferocidades; pero en su vida normal y ordinaria, su natural cortés y amable, hace que ellos sean menos peligrosos para sus inferiores, haciéndolos bondadosos para sus esclavos y conquistados.

No existe duda alguna, que cometieron muchos errores en las bellas Indias Occidentales o Hispaniola, o sea Santo Domingo, llamada así cuando fué dividida entre Francia y España por medio de un río, que fué bautizado con el extraño nombre de Masacre.

La isla de Santo Domingo es una de las más bellas y fértiles y cuyo aspecto encantó a sus descubridores. Santo Domingo fué una región donde pronto se adaptaron los criollos franceses, haciendo una vida fácil, llena de lujos y comodidades por sus ricas plantaciones de caña de azúcar, algodón y café, y a menudo, hombres de alcurnia, formaron, en atención a sus claros linajes, una verdadera aristocracia que se elevaba por encima de la oscura población de la isla, así como sobre los mulatos y los esclavos negros. Estos pobladores fueron sorprendidos por el decreto de la Convención Nacional francesa que declaraba la igualdad de todos los hombres y que colocaba a los negros y a los mulatos en igualdad de condiciones que los blancos. Esta declaración de los derechos del hombre produjo indignación entre los criollos franceses, habitantes de la isla, quienes se resistieron a obedecer el decreto de la madre patria y procedieron a elegir su Asamblea General; esta situación se vió agravada por la actitud asumida por los mulatos, quienes se armaron a fin de hacer respetar sus derechos y privilegios.

Pero aun existía un mayor y terrible enemigo. Eran los esclavos negros. Cuando fueron dadas a conocer las noticias de su libertad y llegó a sus oídos su verdadera condición de hombres, incendiaron todas las plantaciones y comenzó la atroz masacre de los blancos. Los fugitivos fueron a refugiar-

(CONTINUA EN LA PAGINA SIGUIENTE)

LOS ESCLAVOS DE HAITI

Por Charlotte M. Yonge

(Viene de la página anterior)

se a Capetown, la capital, desde todos los puntos de la isla. Y los esclavos insurgentes fueron presa de una verdadera furia de exterminio y de destrucción. En menos de dos meses, 2.000 blancos, de todos los rangos, sexo y edad, murieron a manos de los negros, 480 plantaciones de caña de azúcar, 900 de café e innumerables de trigo y algodón fueron totalmente destruídas. Con los horrores y el derrame de sangre que este estado de cosas produjo, y que no es el momento de describir, la supremacía de los negros se estableció en toda la isla, de donde trajo su nuevo nombre de Haití. Esto sólo es una ligera reseña de la sombría historia de estos sucesos.

El conde de Lopinot, un viejo oficial del ejército, que con su esposa se había instalado en la isla, había conquistado entre sus esclavos gran cariño y estimación por la forma en que siempre los tratara; entonces, éstos se esforzaron en proteger a él y a su familia, y cuando el camino de la fuga estuvo abierto, rogaron al conde de Lopinot los conservase a su servicio.

El sitio que éste había escogido para su retiro era la isla inglesa de Trinidad, donde obtuvo del gobierno una vasta extensión de tierras en medio de las montañas, que fueron escogidas por él mismo. El centro de la isla Trinidad es sumamente montañoso y permanece inculto y desconocido, y el conde se vió obligado a llevar como acompañantes a sus fieles negros, quienes iban trazando un verdadero pasaje por entre medio de la floresta tropical.

El sitio escogido estaba bellamente situado, fértil y muy bien regado. Pero el mejor camino que se podía trazar era fragoso y muy incómodo para el transporte de azúcar y para la conducción de cocoa, según el designo particular del conde.

Los bosques que rodeaban esta posesión eran gigantes y debajo de ellos las plantas de cacao crecían magníficas y en intervalos se encontraban innumerables árboles designados por los negros como el cocoa-mammy, porque suponían que a su sombra se nutrían mejor y desarrollaban las plantas de cocoa que a sus pies crecían. Este árbol tiene una altura de 16 a 18 pies y se halla cubierto de brillantes y rojas flores; es por eso que las colinas de Trinidad aparecen luminosas como fuego durante la estación florida. En esta curiosa región el conde decidió quedarse, bautizándola con el nombre de "Reconnaissance" y el primer día que pudo instalar a su esposa y a las familias negras que lo habían seguido, hizo celebrar una solemne acción de gracias. Veinte años después de su muerte, los negros de la "Reconnaissance" celebran con verdadero cariño el día de su muerte.

NEGROS VERDADERAMENTE LEALES

Estos negros eran verdaderamente leales, pero en Santo Domingo se encuentran otros casos de lealtad en negros que no eran nacidos en la isla, sino que eran negros del Africa, traídos a la isla en los buques negreros. Un caso de éstos es el siguiente:

El resto de la familia de sus amos había sido presa de la masacre y sólo pudo salvar a dos de los hijos menores, uno de 5 años y otro de 3, a quienes pudo conducir hasta la costa, donde los embarcó en un buque y los condujo a Carolina. Felizmente, en esos días, la esclavitud, aparentemente, estaba en decadencia en los estados del Sur y se veían ya negros libertados que circulaban por las calles de Charleston; de este modo, este fiel negro, pudo trabajar y mantener a los dos niños. Y no fué sólo esto lo que hizo por ellos: se propuso darles la educación que sus padres, de acuerdo a su posición, les hubiesen dado. Colocó a ambos niños como pupilos en un colegio, en tanto que él se veía obligado a hacer un avida frugal y difícil, a fin de poder depositar todas las semanas un dólar en manos de sus pequeños protegidos.

El mayor de estos dos, andando los años, se dedicó a la navegación, alcanzó el grado de capitán en un navío mercante y se casó con una descendiente de españoles de la isla de Cuba y entonces compró para su viejo protector una casa, entregándole en recuerdo de otras épocas un dólar para su bolsillo durante todas las semanas, y tratándolo con verdadero afecto y cariño.

UN NEGRO ORIGINAL E INTELIGENTE

Este negro murió a edad muy avanzada y a su muerte sus dueños y protegidos fueron sorprendidos al ver que, aunque cristiano y hombre inteligente, conservaba alrededor del cuello un antiguo amuleto africano, el cual, indudablemente, lo conservó como un afectuoso recuerdo de su tierra nativa.

Otro negro, llamado Eustaquio, nacido en 1773, en las plantaciones de azúcar de Monsieur Belin de Villeneuve, hacia el norte de la isla, ha sido un original ejemplar de hombre inteligente, aunque apenas sabía leer. Cuando los ataques bárbaros a las casas y plantaciones de los blancos, supo darse tiempo y manera para salvar por lo menos a 400 blancos sin traicionar a los negros. Finalmente, colocó a sus dueños sanos y salvos a bordo de un buque americano con cargamento suficiente de azúcar para asegurarles así algunos recursos durante la fuga. El negro Eustaquio se embarcó en este mismo buque, considerándose aún como esclavo de M. Belin, aunque, materialmente, la esclavitud había ya sido abolida en la isla y podía establecerse en las plantaciones abandonadas. En el viaje, este buque fué apresado por un corsario inglés y los pasajeros ingleses y franceses fueron reducidos a prisión, mientras que el negro Eustaquio permaneció libre. La tripulación del barco corsario estaba formada por individuos bebedores e indisciplinados, visto lo cual, Eustaquio decidió buscar la manera de libertar a los prisioneros, para lo que entretuvo a la tripulación con los medios que estuvieron a su alcance y, burlando su vigilancia, hizo llegar a manos de éstos armas, con las cuales alcanzaron la libertad y pudieron desembarcar en Baltimore. En esta ciudad el negro Eustaquio prestó ayuda a todos los franceses arruinados de Santo Domingo que se habían refugiado allí.

20.000 NEGROS AMENAZAN

Después de algún tiempo, M. Belin, suponiendo que el poderío francés se había restablecido en la isla, se aventuró a volver a ella, acompañado de muchos amigos que, como él, confiaban en volver a recobrar sus propiedades; pero no sabían que se estaban exponiendo aún a mayores peligros que los ya pasados. El Fuerte Dauphin estaba ocupado por los españoles y 20.000 negros comandados por el negro Jean Francais estaban acampados en las alturas de la ciudad y masacraban a cuanto francés encontraban. Los españoles, entanto, no ofrecían a los infelices franceses ni armas ni protección. Mr. Belin al desembarcar se vió perseguido por un grupo de negros y escapó hacia la costa. Divisó entonces, muy próximo a él a un soldado español, a quien le quitó la chaqueta, poniéndosela, y se dirigió al grupo de negros. Estos al ver el uniforme español lo dejaron pasar sin atacarlo, pues esto era lo unico que respetaban.

Eustaquio, que había perdido a su amo en el tropel de gentes y sabiendo dónde encontrarlo, resolvió salvar por lo menos algo de sus bienes. Persuadió hábilmente a la esposa de Jean Francais para que le guardase ocultas algunas cajas con valores, debajo de su cama y entonces se dirigió al lugar de la lucha y examinó todos los cuerpos de las víctimas, pero fué en vano, pues no encontró el cuerpo de su amo. Después de mucho inquirir, pudo saber que M. Belin había podido embarcarse llevando consigo algo de su antigua hacienda y desembarcado salvo en Baltimore por segunda vez.

Monsieur Belin, después de estos acontecimientos, se fué a vivir a Port au Prince, donde fué elegido presidente del Consejo. Entretanto Eustaquio permaneció fielmente a su servicio y habiendo observado que su amo sufría por la miopía creciente de sus ojos, su fiel esclavo, secretamente, todos los días a las 8 de la mañana se ejercitaba en leer, superando todas las dificultades y cuando se creyó bastante hábil ya, se acercó a su amo con un libro y ofreció a su viejo patrón la distracción de sus lecturas.

UN ESCLAVO QUE FUE AGRADECIDO

M. Belin tuvo buen cuidado de emancipar a su fiel esclavo antes de su muerte, donándole un considerable legado que Eustaquio empleó en ayudar a los franceses en desgracia y en actos de beneficencia hasta agotar su caudal, manteniéndose con lo que le rendía su enorme habilidad como cocinero, lo que le valió el tener siempre ocupación. En 1831 aun estaba vivo y fué obligado a recibir un premio que hacía diez años M. Monthyon había establecido para la mejor obra y más humanitaria que se hubiese realizado en cada año. Las obras humanitarias ejercidas por Eustaquio fueron recién bien reconocidas y en el discurso con motivo de otorgársele el premio se dijo: En cada momento nuevas circunstancias de su incorregible generosidad salen a luz. Algunas veces son niños pobres que no tienen amas, o niños cuyo aprendizaje costea. Otras veces compra herramientas o implementos agrícolas para trabajadores que no los pueden adquirir. Aquí, innumerables parientes de su antiguo dueño, han recibido enormes sumas de él, que jamás se las devolverán y que él nunca se las reclamará; aquí hay muchas personas que han empleado sus servicios que no han pagado por haber perdido su fortuna, pero que él no reclama, considerándolas y respetándolas siempre. Cuando Eustaquio vió cuán admiradas eran sus acciones, respondió a uno de los miembros del Comité que le hizo una pregunta: "Yo no hago esto por los hombres, lo hago por el Dueño del cielo".

PREMIO A LA VIRTUD

Eustaquio no fué el único negro que recibió el "premio a la virtud". En 1848 los franceses liberaron a todos los esclavos de sus colonias, sin haber tomado el suficiente tiempo para prepararlos. Los negros entonces hicieron uso de su libertad, desertando de sus amos, reuniéndose en pequeños grupos. Esto produjo la ruina de los propietarios de plantaciones que dependían enteramente de la labor de los esclavos. Entre estas plantaciones arruinadas está una de la Guayana Francesa llamada La Parterre, que pertenecía a una señora viuda, con larga familia. Más de setenta esclavos negros desertaron y ninguno volvió, excepción hecha de Paul Dunez, quien vino a ser como una especie de capataz y quien prometió a su dueña hacer por ella todo cuanto le fuese posible. Lo primero que trató fué de obtener algunos hombres para los trabajos de las plantaciones, y como no lo consiguiera, él, su mujer y sus hijos hicieron el trabajo requerido. El trabajo más difícil de realizar era la construcción de los diques de contención de la costa, muy semejantes a los que se hacen en Holanda. Día a día Paul trabajó en los diques y vigiló durante las noches todos los diques a fin de evitar cualquier inundación. Realizó esto por espacio de treinta y dos meses, pero al final, las mareas equinocciales de 1851 fueron demasiado fuertes para los débiles brazos de Paul y las plantaciones fueron destruídas por el agua!

Entonces continuó trabajando en reparar los destrozos lo mejor que pudo, y el gobierno de Cayena, conociendo los esfuerzos que había realizado, consideró que merecía se le adjudicara un premio establecido para el mejor y más meritorio trabajador de la colonia. Este premio consistía en 600 francos y daba derecho a la admisión de los hijos del colono a los colegios de la Capital. Pero Paul tenía puesta su devoción entera en su patrona. Los hijos de ella y no los suyos propios fueron enviados al Colegio y los 600 francos fueron invertidos en equipar a los niños de acuerdo a su posición.

Al año siguiente su nombre fué enviado a París y el primer premio a la virtud le fué donado por sus actos desinteresados y generosos.



EL FUTURO DEL HOMBRE

por Edward M. East

En el año 2500 la población del mundo quizás habrá alcanzado a 3.500 millones, o sea el doble de las cifras actuales. Esto aparecerá muy reducido a los genios imaginativos que predicen que la química abolirá la agricultura en el decurso de la próxima centuria, con la producción de alimentos sintéticos y con la obtención mediante cultivos especiales en cubas, de carne asada ("beef-steaks"). Habiéndose dado una considerable importancia a los procesos de laboratorio, yo no puedo desenvolver un gran entusiasmo sobre las románticas predicciones de este tipo.

Un químico, indudablemente, puede ofrecernos grandes sorpresas en el futuro. El puede aprender la manera de hacer las fibras, las drogas, los aceites, todo aquello que hoy obtenemos de plantas y animales. Puede llegar a fabricar vitaminas y hormonas. Pero, su laboratorio de productos alimenticios tendrá cosas raras, pues el químico estará incapacitado para obtener materiales en bruto de un poder suficiente que le permitan hacer la competencia a los productos obtenidos de animales y plantas.

La edad del petróleo pronto pasará y en 500 años las reservas de hidrocarburos y carbones del mundo habrán desaparecido. La ingenuidad del hombre estará entonces obligada a producir más, para satisfacer las más y más numerosas necesidades de fuerza. Tendrán entonces, justamente, cinco posibilidades: el agua, las mareas (corrientes marinas), el viento, la luz del sol y el calor terrestre. Ordinariamente, el poder del agua, desarrollado completamente, puede servir apenas a un diez por ciento de las necesidades del mundo. Será, pues, preciso servirse de las otras fuentes de fuerza y su empleo requerirá equipos y aparatos sumamente costosos.

Por estas razones, es de creer que el mundo continuará sin llegar a esta revolución industrial, en la que muchas gentes esperan. La agricultura probablemente continuará siendo la fundamental ocupación de la humanidad por cientos de años, como ha sido siempre en el pasado. La más grave diferencia entre la situación económica del futuro y la del presente será sólo debida al hecho de que la eficiencia agrícola de la fuerza humana se está dirigiendo hacia un punto donde menos del 20 o|o de los habitantes del mundo sean necesarios para alimentar al resto de la humanidad. La industrialización deberá crecer proporcionalmente, para poder brindar ocupación a los hombres retirados de los trabajos de labranza.

Un mundo heterogéneo

En el supuesto que la población que hemos hecho ascender a 3.500 millones en el año 2500 sea así y que este aumento se haya producido juntamente con una gran industrialización, el mundo que yo visualizo estará poblado por una mezcla híbrida de todas las razas. Muy raros serán entonces los ejemplares de raza pura que se encuentren; muy pocos tipos de raza amarilla pura habrá en el este de Asia, escasos ejemplares de raza blanca se encontrarán en otros continentes y sólo escasas muestras de raza negra pura se encontrarán en el Africa; y la población del mundo será formada por una masa completamente heterogénea. Este proceso se ha ido acentuando en el pasado más próximo y se acrecentará rápidamente en una mayor proporción en un próximo futuro. Debo, pues, presumir que esta nueva situación traerá consigo importantes cambios sociológicos y no creo que la fraternidad universal pueda ser promovida en ningún modo. La guerra, probablemente, continuará siendo la gran aventura de las razas humanas.

Sin embargo, para dar satisfacción y empleo a los descubrimientos radioeléctricos, hoy de uso común, será necesario que toda persona educada emplee un lenguaje universal. Esto elevará a la potencia las posibilidades de la propaganda, las cuales, empleadas por cada nación, romperán la solidaridad racial tan firme hoy. Hoy en día el lenguaje inglés es un vínculo más fuerte que la herencia inglesa. Aceptándose el esperanto o el Ido, acrecentado diez veces en esta hibridización racial, ayudará la formación de alianzas políticas, las mismas que hoy son tan difíciles.

Los químicos nos darán grandes sorpresas en el futuro; de ellos dependerá el alimento de la humanidad

Las naciones y los pueblos, formados por una gran mescolanza de razas, han desarrollado hasta el extremo las castas o clases sociales. A una mayor amalgamación racial sucederá una mayor y universal diferenciación de clases sociales y de castas. Esperamos que éstas se funden en verdaderos principios genésicos. Pero yo no presumo que la sociedad adopte principios eugenésicos en el matrimonio de sus miembros. Lo más que hará será separar los elementos aristocráticos de los proletariados y evitar sus matrimonios; pero esto será impracticable y antibiológico. En cambio, todos sus esfuerzos serán dirigidos solamente a los grupos económicos más fuertes y se opondrán a las uniones con los más débiles. Si esta hibridización irracional continúa y si esta esterilización social prosigue, como hasta el presente, nada detendrá ni podrá remediar la degeneración racial del mundo.

¿El hombre artificial?

Consideremos ahora las condiciones biológicas, después de este período de 500 años. Su característica más singular, de acuerdo con Haldane, será la producción de niños ectogénicos. En resumen, contemplemos la visión de Haldane sobre la incubación y la fertilización artificial de gérmenes humanos en soluciones nutritivas, y que como una razonable esperanza sea cumplida. Es entonces también razonable el esperar que alguien descubra la manera de producir la partenogénesis artificial. Pero tenemos certeza, y hay muy buenas y muchas razones psicológicas para esperar que ninguno de estos procedimientos se transformen en realidades. La humanidad jamás podrá substituir a las madres en el alumbramiento y todo esto no será más que un lenguaje figurado. Pienso, pues, que los estudiosos deben dirigir sus actividades sobre otros y más practicables temas.

Supongamos también que las enfermedades microbianas desaparezcan y que prácticamente sean destruídas. Pero esto no hace que nadie esté libre de una infección. Es muy probable también que la vida humana llegue a los 65 años o más; pero es difícil imaginar que las calles del mundo estén atestadas de gentes que cuenten más de 150 abriles, aunque esto todavía lo espera mucha gente. Y más aún. Si se llegase a efectuar un perfecto control en los microbios que atacan a la especie humana, nuevas enfermedades se presentarían como consecuencia del nuevo estado industrial del mundo. Por más que la patología interna alcance su mayor desarrollo, no podrá estar capacitada para librar de mayores daños a nuestros órganos internos; así, si escapamos y suprimimos las dolencias del reumatismo no evitaremos por eso una enfermedad del corazón. Sin embargo, nuestros descendientes pueden esperar a alcanzar quizás una relativa edad avanzada, pero no por eso habrá disminuído su impotencia para luchar contra la muerte.

Podemos esperar que se hayan inventado diversas píldoras para curar los defectos del mal funcionamiento de nuestros órganos; así como la insulina para la diabetis, debemos esperar que se encuentre la idiotina para curar el cretinismo. Tendremos la ostina para los paladares hendidos, la optina para los defectos de la vista y la epileptina para la epilepsia y así otros muchos más. Llegaremos entonces, a un período en que al curarnos de unos defectos nos sobrevengan otros y otros más, y la principal ocupación de la humanidad será dosificar los medicamentos para unos y otros.

Otro cambio, virtualmente seguro, es el control en la reproducción en un sentido estrictamente biológico. Yo me inclino a pensar que el método más práctico sería el control de la evolución buscándose medios y modos para esterilizar temporariamente a las hembras.

El triunfo de la Eugenesia

Me inclino a creer que estos descubrimientos que se están produciendo tan grandes y tan rápidamente, llevarán indirectamente a la humanidad a conocer la verdad de la filosofía eugenésica, que puede realizar esta selección natural y que de otro modo acarreará serias y graves consecuencias.

Una porción inteligente de la humanidad viene realizando esfuerzos porque juzga que es su deber, para obtener niños llenos de vigor, fuerza y salud, mientras que el resto deja esto librado al acaso.

Es pues, entonces, necesario hacer conocer al público los principios filosóficos de la eugenesia y solicitar su ayuda para conseguir seres más fuertes, haciendo que estos ideales eugenésicos prosperen.



HAY PREMIOS PARA TODOS

En el Gran Concurso Vino TORO

"El promedio de vida es de 50 años para los que abusan del alcohol, de 59 años para los que solo beben agua, y de 63 años para los que beben vino en forma moderada".

Dr. Elessingen

TORO

. . . es la marca de vino que no solo brinda a sus consumidores la oportunidad de ganar valiosos premios en el Primer Gran Concurso!

Brinda con absoluta seguridad algo más precioso:

Fortalece el organismo
Conserva la salud
Prolonga la vida

Beba siempre
Vino TORO

Un litro de VINO TORO equivale, como elemento nutritivo, a 900 centílitros de leche, a 390 gramos de pan, a 585 gramos de carne o a cinco huevos.

S. A. Bodegas y Viñedos "GIOL"

TORO

. . . es la marca de vino que mantiene su pureza a través de los años. Si así no fuera, no se explicaría cómo, antes del éxito sensacional del Primer Gran Concurso — pudo llegar el Vino TORO a ser el de mayor venta en el país y el favorito de los buenos catadores.

Beba siempre
Vino TORO

Vino Toro
RESERVA TINTO

MAS DE $ 100.000 EN PREMIOS!

LAS RUTAS DE LA SELVA

Menoldo era peón en un obraje del Chaco. Llegó ahí entre un montón de hombres conquistados de pueblo en pueblo, con promesas que no se cumplieron nunca. Recordaba bien la remota escena, tan remota, y recordada en el silencio candoroso de la selva, que ya se estaba convirtiendo en añoranza grata. Partió una mañana limpia rumbo al obraje. El "contratista" le había adelantado dinero, y, como a todos, atóle con eso al yugo del bosque para toda la vida, pero no le importó antes ni le importaba ahora ese episodio que lo reducía a un amargo precipitado. Siempre fué así, obediente a los dictados de lo que él llamaba "destino".

¿Y para qué quejarse, si sólo él tenía la culpa? Había "salido" del pueblo para que nadie sepa su futura suerte; para que el "tiempo" vaya borrando todo el daño que le hicieron sus hermanos en aquel pequeño mundo de barro y paja, amasado a la sombra de los algarrobos o bajo el sol caliente de las siestas inútiles; para que su novia llore algún día en la penumbra del rancho la tremenda injusticia de haberlo engañado en las fiestas de San Esteban. Por todo eso quiso huir y el Santo le hizo el milagro de presentarle la oportunidad pedida en sus largas noches de pena, tendido sobre el catre de tiento con las manos debajo de la cabeza afiebrada y dolorida, los ojos fijos en la serenidad del cielo y sofrenada el alma para que no se empaque en el linde de los caminos del ensueño.

Jamás pensó en el regreso. Ya iba para los diez años de ausencia y de recuerdos bien pisoteados por sus nuevas angustias. Entre los quebrachales opulentos, Menoldo sentíase poseído de inquietudes cada vez más desconocidas y violentas. Le retozaba el alma precipitándole a un abatimiento que le servía de escape. Pero a veces, la voz de una mujer salía a jugar al sol en la placidez de la mañana y "se llegaba" a él saltando de rama en rama, como los pájaros. Era una voz dulce y clara que le hacía soltar el hacha demoledora y sonreir con la sonrisa sorda y brutal de los duendes. Acaso en las soledades interiores de su espíritu, tan agrietado y aturdido, que apenas podía cubrirse con los pormenores del paisaje, recibía los mensajes agoreros del amor. Por eso, ahuecando las manos sobre la boca, lanzaba al aire un grito audaz que recogía el eco para llevarlo por las rutas hechiceras del monte:

Una mujer

—¡Ehúaaa!... ¡Ehúaaa!...

Conocía bien aquella voz. Un día llegó al obraje una mujer, que se instaló en el rancho del comisario. La había arrancado éste de los antros del vicio, en uno de sus viajes a la ciudad, y la puso, como una tentación endemoniada, en aquella soledad pronta a estallar al más leve roce de los instintos. Como era la única en el amplio escenario del bosque, no advirtió jamás su horrible decadencia. Los que la rodeaban, veíanla siempre con los ojos ciegos del deseo. Todas las pasiones contenidas del obraje estaban sobre ella desde el amanecer, como cuando era fresca y bella en su lejana mocedad; nunca había despertado admiraciones más hondas, intrigas mejor urdidas, que en esos postreros años de su vejez lacerada por toda una generación de hombres afiebrados y frívolos. Hasta sintió como un renacimiento de sus perdidos encantos en el despertar de aquellas primaveras sórdidas.

¡Y qué restauración espiritual la de ella! Despreciada por los hombres de la ciudad, adquiría en ese medio combativo la belleza ancestral que le faltó quizás cuando las alternativas de su sensibilidad fueron dominadas y desagotadas por el sensualismo de sus primeros amantes, y podía recoger ahora el torrente de las pasiones

MENOLDO, el amargado

que despertaba a su paso y sorprender la vida en todas sus variantes y matices vivos, recobrando su valor de mujer, valor positivo y plástico, que supera siempre los desequilibrios ocasionales del alma.

La leyenda del espanto

Menoldo la amaba como no amó jamás. Su amor era un amor de hombre que le hacía doler. La presentía a su lado en la pasividad de la noche; la escuchaba en el canto lejano de la vidala o en la caída estrepitosa de las hojas; la olía en el perfume del aire o en el aliento de las bestias. Amor temeroso e irresistible a la vez, que le hacía huir de la presencia de ella, como de un ser fabuloso del bosque. Sólo cuando tenía la certeza de su ausencia, acercábase al rancho del comisario y quedábase parado, en silencio, bajo el alero, contemplando las prendas de vestir, los enseres de la cocina, las sillas, el catre, el mortero, todo lo que a ella podría serle familiar. El comisario le encontró ahí muchas veces, atribuyéndole la costumbre de frecuentar el lugar donde había muerto Antonio, su compañero de rancho, la madrugada de un sábado que ya se estaba metiendo en las leyendas del obraje.

¡Antonio! ¡Mozo lindo! ¡Siempre cantando como una calandria! ¡Siempre fuerte, como un macho cuarteador! ¡Mejor que todos, porque era bueno!

Se conocieron en Quimilí, en la tabeada o en la fonda; no se acordaba bien, pero era lo mismo.

—¿Para dónde va, amigo? — le había preguntado mientras saboreaba una empanada jugosa y caliente, apoyado en el alambrado de la estación.

—A Girardet, de peón.

—Yo también voy para ese obraje.

—¿Contratado?

—Sí, contratado. De no, ¿cómo quiere que viaje en tren, así, como andamos, de fiesta? No es malo el "contratisto". Algunos son peores. Lo "enriedan" a uno para toda la vida... Al principio parece lindo... Se trabaja y se come... La proveeduría, abierta siempre. No le dan plata, pero es igualito que si le dieran, con el vale...

—Lindo, entonces...

—Según, porque cuando uno se ha cansado de andar "hachiando" y quiere irse, le salen con que está debiendo y que no se puede ir sin pagar antes hasta el pasaje que nos va a dar el "contratisto" para el viaje.

—¿Y de ahí?...

—¡Y de ahí que me da rabia!

Era un muchachote sano y rebelde como un cardo. Menoldo se le hizo compañero cordial.

Antonio le decía siempre:

—No te metás tanto con la proveeduría. Hacé como yo.

—Oiganle — exclamaba Menoldo. — ¡Lo de él me dice!

—Sí, lo mío, pero yo me puedo ir cuando quiera y vos no, porque tienes miedo. Mirá: no ha de ser la primera vez. Hace mucho tiempo, me fui de un obraje. Me buscaron el patrón y el comisario. Me buscan todavía.

—¿Y si te encuentran?

—Que me encuentren. No me importa.

Pero un día llegó al obraje la policía de "El Bravo". Sargento y agente se apearon frente a la comisaría. A la tarde, Antonio fué citado por la autoridad.

—¿Sabes? — díjole el comisario, — te vienen a llevar porque debes en el otro obraje.

—Bueno, que me lleven — respondió Antonio.

—Pero es que no te puedes ir, porque debes aquí también.

—¿Mucho?

—¿Como para un año de trabajo.

—¿Y entonces?...

—Entonces — gritó el sargento, — te voy a enseñar a que no seas tramposo ni te hagás el "champi".

Y enarboló el látigo. Antonio quedóse quieto, esperando el castigo. Total, aunque pegue fuerte, aguantaría; pero la mujer del comisario había llegado en ese instante parándose frente a ellos, mientras el sargento, ciego de ira, acababa de aplicarle un latigazo en el rostro. Entonces Antonio reaccionó y dijo casi heroico:

—¡Me pega porque no tengo armas!

—¿Cómo dices? — rugió el sargento, mirando de reojo a la mujer, que sonreía. — ¡Vos no eres hombre para mí! ¡Tomá! ¡tomá! ¡tomá!...

—¡Basta, don, no lo castigue tanto! — clamó la mujer.

—Salga de ahí — exclamó Antonio apartándola de su lado con suavidad. — Me está haciendo jugar. ¡Qué va a ser castigo esto! ¡Ya va a ver; ya va a ver!

Y lanzóse de un salto contra el sargento, trabándose en lucha sorda. De pronto le arrebató el machete que tenía colgado al cinto y comenzó a agredirle:

—¡Ya va a ver; ya va a ver!...

El comisario trató de intervenir, pero fué tarde. Antonio había acabado de herir a su adversario y huía hacia el bosque, gritando:

—¡¡Piujujú!! ¡¡piujujú!!

Desde el umbral del rancho se le hizo varios disparos.

—Bueno, como va a pie, lo vamos a alcanzar en seguida. Ahora es mejor atender al herido.

El sargento agonizó toda la noche en el lecho de la mujer. A la madrugada se cortó exclamando:

—Si... te veo... te alcanzo... Ah... por fin... ¡Ya me la has pagado maula!

Y debió haber sido así nomás, porque a mediodía los carreros del obraje encontraron sobre la picada recién abierta el cuerpo exangüe de Antonio. Del rancho de Menoldo lo llevaron a la comisaría y allá expiró delirando:

EN PLENA SELVA, aquella prenda de vestir le atraía como un imán y le torturaba como un castigo

—Dejame... quiero correr... Cruz diablo... ¡¡Piujujú!!

Al margen del camino pusieron una cruz y eso fué todo, pero a veces, una sombra, igualita a la de Antonio, salía al encuentro de los carreros que pasaban por ahí, y la leyenda del espanto se abría paso de ese modo en las conciencias alertas del obraje.

Menoldo se acordaba de todo, pero no era eso lo que le atraía al rancho del comisario. ¡Qué iba a ser eso si estaba llena el alma de un avenir de voluntades distintas, irresistibles, mordicantes!

El trofeo del amor

Una siesta, entre las siestas cálidas de la selva, Menoldo no pudo sofrenar sus instintos, y encaminóse hacia el rancho del comisario. No había nadie en su interior. Sobre un baúl veíase un lío de ropa recién lavada. El muchacho extendió la mano como un autómata, y así le hubiera sorprendido la mujer si Menoldo no hubiera tenido tiempo de robar una de aquellas prendas y escapar sin ser visto. Era una ámplia enagua almidonada. Envuelta y apretada entre sus ropas palpitaba como un cuerpo y calentaba como una hoguera. Internóse con ella en lo más enmarañado de la selva. Al pasar junto a la cruz de Antonio creyó percibir ruídos y voces misteriosas, y la suya, aguda y cortada por el miedo, sonó entonces como un grito agorero:

—¡¡Piujujú!! ¡¡Piujujú!!

Y desde aquel día no necesitó ver ni oir más a esa mujer en la desarmonía abrumadora del bosque. Se conformaba con reflejarla en el espejo de sus congojas o llenarse de ella, como un cacharro hundido en la frescura del pozo. Tal era a veces el enardecimento de la sangre en la aridez de sus días, llenos de sudores y de lágrimas, que se creía poseído del demonio. Entonces buscaba las ramas de los árboles, espectadores mudos del hondo drama, colgaba en ellas el trofeo conquistado, y en superado esfuerzo de posesión frustrada, terminaba siempre su contenido escalofrío con la mirada perdida en el fondo fantástico y obscuro de las visiones imposibles.

Serenado era otro. Un abatimiento profundo, que se traducía en las modulaciones de la flauta, marcaba el límite de su tensión motriz, y era así como iba perdiendo en fuerza y colorido lo que ganaba en la quietud lograda. Extenuación de bestia agotada o de crisálida muerta en la plenitud de su vigor era la suya. En el obraje prestábase al ridículo, a la desconfianza, al comentario, acurrucado siempre en los rincones, como un perro; en la selva, trabajaba hasta el desfallecimiento; en el sueño, se anulaba totalmente, como un muerto.

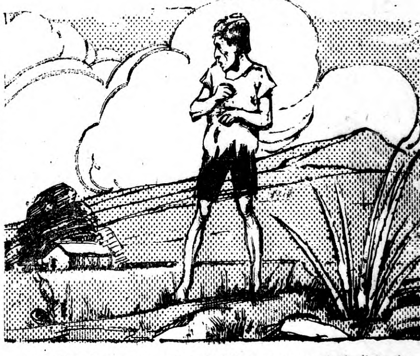
Para no perderse por completo salía al campo, a cazar avestruces. Era su única distracción. Tal vez el llamado más hondo de sus pasiones. Montado a caballo y seguido de sus perros, se alejaba del obraje. Por el camino soleado y bravo cruzaba de vez en cuando un carro vomitado del bosque. Su conductor iba cantando a plena voz una vidala del lugar. Los pájaros lanzaban su alma al camino. Las cigarras demolían constantemente la hora, contorneándola y madurándola en un millón de impresiones fragmentarias y rotas. A Menoldo no le quedaba otro recurso que el envolverse en la ilusión de aquella sinfonía sensual o escuchar los permenores del canto fascinador. A instantes, tal era la cantidad de cigarras en una sola rama, que sugería la maravilla de un árbol cantor. Entonces cubríase el oído con las manos y gritaba, como si fuera dueño de su voluntad y quisiera imponerse a los llamados angustiosos de la naturaleza:

—¡¡Piujujú!! ¡¡Piujujú!!

Infancia oprimida

Grito de júbilo aprendido en la infancia, cuando jugaba a las carreras con los muchachos de su edad. ¡Lindos días aquéllos! La remembranza de ese pasado ido ya para siempre, le oprimía el alma en tales términos que le hacía llorar, porque sí, como un niño, hasta desahogarse, con el rostro sobre el pecho y las manos hundidas en la cabellera. Así se le iban las horas.

A veces levantaba lentamente la cabeza y sorprendía, con asombro, que los árboles le brindaban sus frutos, como queriendo consolarle. Y extendía la mano y arrancaba uno, dos, cinco, y los comía con frucción, con hambre, como antes, cuando chico y era su madrasta quien se lo ofrecía sonriendo:



A LO LEJOS, el rancho se iba convirtiendo en un punto de distancias

—No llores, Menoldo. Tomá para que te calles.

Y le daba una tuna o un puñado de mistol. Menoldo no lloraba más, como ahora. Acercábase al fogón y quedábase quieto, al lado de sus hermanos, pero ellos eran malos y se reían de él. Entonces volvía a llorar hasta quedarse dormido en el regazo de la madrastra.

¡Su madrastra! Palabra ida como cosa que se amó mucho y se perdió en el tiempo sin ser notada. ¿Qué estaría haciendo ahora? ¿Acaso se habría arrepentido ya de haber apoyado a sus hermanos en el complot tramado para arrebatarle todo, hasta el cariño, que es lo que no se debe quitar a nadie en la vida?

—Mirá, Menoldo — le había dicho un día — Vos no necesitás el caballo; mejor es que se lo dés a tu hermana.

—Bueno, máma, si usted quiere se lo doy. Rosaria llevalo, a vos te va a servir, a mi no.

—Che, Menoldo — agregaba el hermano. — ¿Me das tu apero?

—No, mi apero no.

—Es que mi máma dice que me lo dés.

—Bueno, si dice ella, llevalo.

Y así todos los días, hasta que le quitaron las pilchas. Menoldo se dió cuenta y dijo:

—Te parecés al Kacuy, Rosario!

Entonces su madrastra lo echó de la casa, para que no haga llorar a la Rosario, y su hermano le quiso pelear en el monte para que no le reclame nada y se vaya, como un andrajo, adonde quiera. Al principio, Menoldo creyóse culpable de un daño que no había cometido, pero después "lo vió todo" y empezó a perdonarlos ante la Virgen, como un dios. Su madrastra le decía siempre:

—Hay que perdonar.

Y perdonaba, pero el recuerdo de aquella mujer endiablada del obraje le volvía a azuzar como una tentación:

—¿Perdonar? ¿Y para qué? ¿Y por qué? No. Perdonar, no. Amar, siempre amar, hasta que uno se vaya al cielo o al infierno.

El encuentro del destino

Una noche, ya entrada al silencio, Menoldo regresaba al obraje dejándose llevar por el caballo. Tornaba sin una sola pieza lograda. Un agudo despertar de los instintos le había trabajado a tan alta presión, que hasta la vió, a ella, danzando en un chapoteo del luz solar en la siesta.

Ya tenía ganadas unas leguas cuando la sombra compacta de alguien se le puso al lado:

—¿Para dónde va, amigo?

—Para el obraje, pues.

—Bueno, si es así pare un momento.

Menoldo sintió que una mano sujetaba a su caballo.

—Nay largue las riendas, pues.

—No tenga miedo, hombre, porque no soy del otro mundo. La noche está obscura, por eso no me ve, pero bájese aquí nomás, para que nos veamos.

Menoldo obedeció replegándose a la orilla del camino. Mientras maneaba el caballo, percatóse que "el otro" cortaba algunas ramas secas, arrojándolas casi sobre él.

—Ayude — dijo — ¿No ve que ando por hacer fuego?

Menoldo amontonó ramas.

—Ya está — exclamó.

—¿Tiene fósforos?

—No.

—Bueno, yo he de tener.

Y rasgó uno. Menoldo pudo verle. Tenía la cara horrible sombreada por una espesa barba negra. Las ramas del vivac comenzaron a arder. El hombre se había sentado sobre un tronco seco, extendiendo hacia el fuego una pierna de palo, tan rústica, que parecía un gajo trunco. Luego exclamó:

—Caramba, ¡me había olvidado!

Levantóse con dificultad y acercándose al caballo, extrajo de la alforja un pedazo de carne cruda y una botella de ginebra.

—Mientras hablemos, voy a preparar un asado. ¿No le parece?

—Sindudamente.

—Bueno, chupe. — Y le alcanzó la botella. — Hay como para diez tragos... Pero usted anda asustado. No tenga miedo. Acérquese más. Así, para que nos veamos. Yo soy un hombre bueno.

Menoldo continuaba observándole. El hombre acercó la carne al rescoldo y apuró un trago de alcohol. Parecía satisfecho.

—¿Sabe? — dijo después mirándole con unos ojos penetrantes — Vengo del Chaco y estoy medio cansado. Agatas he llegado hasta aquí, porque, ¿sabe? me había olvidado decirle: ando herido.

Menoldo se animó.

—¿Usted, herido?

—Si, pero no se alarme. No es para tanto. Hay que andar despacio.

Lentamente comenzó a desarroparse el saco. De pronto hizo una mueca de dolor, tan honda, que Menoldo se incorporó asustado y fué en su ayuda.

—No... no es nada... Ya está... ¿No vé? Se me ha pegao la camisa en la llaga. Deme un trago... así... Esta ginebra calienta porque es buena... Me alcanzó una bala al último, cuando ya estaba lejos de la patrulla. Ahora va a ver — agregó sentándose nuevamente sobre el tronco del árbol que había elegido. — La hacienda que traía se cansó por la seca y la patrulla de Resistencia me topó cerquita de Gancedo... Disparé... Entonces uno me acertó en el brazo... Vea: ¿Es grande el agujero?

—No, chico nomás.

—¿Como el dedo?

—Como el dedo...

—Bueno entonces la bala ha salido. Alce un poco la manga. Más. Bueno. No está. Se habrá caído.

—¿No quiere que lo cure? Por que aquí ha de haber cardo santo... con buscar un poquito...

—No, amigo. No es nada. Se ha de curar sola. Mejor, si es comedido, le voy a pedir que me haga una gauchada cuando regrese...

—Si puedo...

—Si ha de poder... Bueno... ¿Sabe?... No puedo acercarme al poblado porque me buscan...

—¿La policía?

—La policía y los patrones... ¡Ni que fuera animal!... Bueno... No importa... lo que quiero "mingarle" es otra cosa ¿Sabe? En el obraje hay una mujer que fué mía.

—¡La Maura! — Susurró Menoldo.

—Si, La Maura... Bueno... Dígale que venga a curarme.... Ella sabe... Yo la voy a esperar mañana en este mismo sitio.

—Es que la Maura...

—¡Ya sé... Pero si le da el "mingado" tiene que venir... ¿Acepta?

—Acepto.

Y en aquella soledad en pleno bosque, frente a ese hombre misterioso y enérgico, Menoldo sintió morir su última esperanza y un sollozo ahogado le sacudió con violencia.

La noche se le hizo más negra y más hostil.

(Concluye en el próximo número)

Carlos Abregú Virreira

Ilustró PREMIANI

ANTONIO, ante la policía que le amenazaba, se sintió más fuerte que nunca.



En julio 10 los diarios anunciaron la muerte del profesor Wildon Carr, profesor de filosofía en el King's College, de la Universidad de Londres, que quizá sea poco conocido del público en general, pero que era muy conocido y ocupaba una situación prominente en los círculos académicos.

Fué un hombre notable. El escritor que hizo la nota necrológica en "The Times", hizo una observación verídica cuando decía que Wildon Carr ha provisto al mundo moderno con la mejor y única incorporación de los principios de Platón. Todos conocen lo que dice Platón sobre el estado ideal, en el que la primera cosa que debe buscar cada hombre es prepararse para la vida, antes de ejercer un oficio debe encontrarse completamente capacitado, ya sea un hombre de acción o un hombre de estudio; el prepararse para la vida es una experiencia y es un esfuerzo; no es posible prepararse para los choques de la vida y poder librarse de ellos, con una inteligencia trabada o con una vanidad escolástica. A los cincuenta años el hombre debe hacer el trabajo para el cual está más inclinado por su naturaleza y sus aptitudes. No hay duda que este es un camino hacia la perfección, pero que raramente puede ser realizado en este imperfecto mundo.

Corredor de Bolsa

No fué sino después de los cincuenta años que Wildon Carr pudo colocarse entre los académicos del mundo del pensamiento. Comenzó como profesor de filosofía en el King's College a los 61 años de edad. Hasta ese entonces había sido corredor de Bolsa en la ciudad de Londres durante treinta años. Se retiró a los 51 años. Este es el único hombre que ha ido de corredor de Bolsa a profesor de filosofía y ha muerto como profesor con cátedra a los 75 años.

Nada sabemos de su juventud: sólo se recuerda de la misma que no desperdiciaba ocasión para obtener mayores conocimientos. "El debía trabajar durante el día para poder vivir, y estudiaba durante las noches."

Asistía a las clases nocturnas del mismo colegio en el que cincuenta años más tarde era distinguido como profesor honorario. Nadie puede concebir cómo le fué posible combinar su vida para que en medio de la ansiedad y el bullicio del trajín de la ciudad pudiese estudiar filosofía y literatura. Es entonces que Wildon Carr, al retirarse de la vida de la City, comienza a descollar en el mundo del pensamiento.

Profesor

Su primer y notable libro "Henri Bergson", publicado en 1911, lo escribió a los 44 años. En este popular y bien conocido libro expone la filosofía de Bergson y su "Creative Evolution" (Evolución creadora) y su doctrina sobre el "aliento vital". En los años subsiguientes le fué conferido, por la Universidad de Durham, el título de doctor en Literatura; tres años después es nombrado Miembro Honorario del King's College de Londres. En 1916 es nombrado presidente de la Aristotelean Society, puesto que conservó hasta su muerte, y editor de la docta sociedad "Proceedings". En 1914 es nombrado Lector y Miembro Honorario del King's College.

Murió en Los Angeles, donde residía cierta parte del año por razones de salud, y porque tenía el puesto de Profesor Visitador de la Universidad de Sud California.

Como remarca "The Times", es muy difícil de encontrar un caso en el que tantos y tan preciados honores sean alcanzados por un solo filósofo en tan pocos años.

Wildon Carr no era un mero diletante, era un hombre de un gran vigor mental, enérgico, de gran penetración y lleno de pensamientos originales; verdaderamente era una fuerza viva en las modernas especulaciones filosóficas. Como Bergson mismo, Carr sostenía que su misma vida le daba la llave de la naturaleza del conocimiento; como Bergson, estaba en abierta lucha contra las teorías puramente materialistas, pues los hechos de la vida no podían ser explicados sin que el pensamiento invoque un primer móvil de las cosas.

Espíritu del mundo

En un número del "Hibbert Journal", encontramos un artículo sobre este asunto. "¿Hay un espíritu del mundo?". Así como la teoría del cosmos, dice, hay una concepción del espíritu del mundo que comentar, aunque ella contradiga los ordinarios conceptos deístas. Carr no cree que la vida y el pensamiento emerjan de la "materia pura". El agente vital que dirige el desarrollo de la individualidad y cada forma de su actividad, dirige también la sucesión de las generaciones de estas individualidades. Y este agente vital, o "aliento vital" es algo más que aquello que unifica e integra los principios de los organismos: este es el "espíritu del mundo".

Desgraciadamente no tenemos aquí espacio suficiente para desarrollar las ideas de Carr sobre el espíritu del mundo; el término mismo quizás no convenza a muchos de nuestros lectores no iniciados en estas especulaciones filosóficas. Carr sostiene que "es la única idea que racionaliza las creencias, que es creadora, que es evolución...". Es imposible identificar el aliento vital, o la fuerza de vida, o "libido" o cualquiera que sea su nombre, con el dios de la teología. "La hipótesis de un espíritu del mundo, si bien contradice la ordinaria concepción deísta, ofrece las bases para una reconstrucción moral y religiosa.

Sobre este mismo asunto filosófico hace dos años, Wildon Carr, en otro tiempo corredor de Bolsa, pronunció una conferencia, replicando a lord Haldane, quien dijo: "Esto es lo más acabado que ha producido esta serie de conferencias internacionales de filosofía".

Narraciones del Viejo Nipón

El joven y la geisha

DIJO el viejo:

—Erase una vez un joven que cayó en las garras de una geisha, dejándose dominar por ella hasta tal punto que quería pagar una indemnización al dueño de la casita de té que habitaba y casarse con la mujer.

Al enterarse del deseo del joven, la geisha le dijo:

—Si me lo permites, te contaré un cuento. Un bonzo, que había construído su cabaña en la orilla de un río, fué a dar un paseo por las montañas, una hermosa tarde primaveral. Al ver un cerezo en flor, el hombre exclamó, con el corazón henchido de emoción:

—Quiero plantarlo en mi jardín, para poder solazar mi vista por la mañana y por la noche, pues, no hay nada más bello en el mundo que este árbol.

El bonzo llamó a los obreros que trasplantaron el cerezo en su jardín. Con sólo mirarlo, se sentía lleno de alegría.

Pero, una noche se desencadenó una tormenta que, arrancando el árbol, lo arrojó contra la cabaña, haciéndola añicos.

Al ver el cerezo sobre las ruinas de la casucha, todas decían:

—Si no se hubiera encontrado aquí este árbol inútil, la cabaña tan bien construída no se hubiera destrozado.

Y censurando el cerezo, nadie pensó en que la causa de la desgracia del bonzo no residía en la tormenta que arrancó el árbol, sino en el mismo hombre que lo transplantó.

Reflexiona un poco: eres como la vivienda del bonzo, construída en la orilla del río, donde está más expuesta al poder de las tormentas. Si llegas a arruinarte, debido a este casamiento irreflexivo, todos me echarán la culpa a mi, al igual como lo hicieron con el cerezo. No me cabe la menor duda de que dirán; que te has arruinado por culpa de una geisha y que todos sus reproches se abalanzarán contra mi. Librándome de mi compromiso de acá, te vas a asemejar a un hombre que va contra el viento llevando en la mano una vela encendida; dentro de poco nos quedaríamos los dos a oscuras. Espera un año más. Entretanto, trata de administrar tus bienes lo mejor posible. Si al cabo de este lapso, persistes en tu deseo de trasplantarme en tu jardín, te quedaré muy agradecida.

El joven siguió el consejo de la geisha. Volvió al seno de su familia y durante un año llevó una vida de economía y orden, debido a lo cual logró reunir el dinero con que rescató a la geisha, casándose luego con ella. Su matrimonio fué feliz y la estrella de la dicha brilló siempre sobre su hogar...

—No hay nada que pueda superar la franqueza de esta simple geisha y la obediencia con que siguió sus palabras el joven, — dijo el viejo.

—Pero, — agregó luego, — creó que un caso de esta índole pudo haber sucedido sólo en aquellos felices tiempos de antaño.

El consejo del tío

Dijo el viejo:

—Erase una vez un joven que se pasaba los días y las noches en los antros del placer, gastando el dinero a manos llenas, como si lo hubiera encontrado en la calle. Hacía caso omiso a los consejos de sus padres y verdaderos amigos, llevando siempre la misma vida desordenada.

Un día, el joven fué a visitar a un tío, hombre de mucha experiencia. Este entabló la conversación acerca de las verdaderas bases de la vida y, por fin le enseñó una cajita de madera con la inscripción: "Alcancía", diciendo:

—He leído en el libro de flores acerca de un hombre que, todas las veces que estaba por gastar cien uncias, gastaba sólo ochenta, guardando los veinte restantes en la alcancía. En caso de gastar 200, guardaba 40, y así sucesivamente. De esta manera economizaba 20 por ciento de sus gastos y terminó por volverse rico.

Haz tú otro tanto y aparta 20 por ciento de cada suma que destinas para tus placeres, guardándola en esta cajita. Cuando acostumbres a hacerlo, verás que de este modo el dinero aumenta siempre, te abstendrás gustoso de algunas diversiones y, paulatinamente, terminarás por abandonarlas por completo. No te olvides de lo que te digo.

Con estas palabras el hombre le entregó la alcancía. El joven se lo agradeció, prometiendo seguir su sabio consejo.

Al cabo de 30 ó 40 días, un viejo criado de la familia del joven vino a visitar al tío de éste, diciéndole que, desde el día en que tuvo la conversación con su sobrino, el muchacho llevaba una vida mucho más desordenada que antes, terminando por arruinarse del todo.

La misma noche llamó el tío al joven, al que reprochó con palabras duras por no haber mejorado su conducta, a pesar de la promesa que le había hecho.

—Pero, querido tío, — replicó el otro asombrado—. He seguido al pie de la letra tu consejo de economía. Me proporcionaba un verdadero placer el ver aumentar el dinero en la cajita y guardaba en ésta siempre el 20 por ciento de mis gastos. Así, por ejemplo, antes de ayer aparté 20 uncias de las 100 que destinaba para mis placeres, ayer 100 de las 500 y hoy 60 de las 300. Sin embargo las economías que hice de esta manera no se podían llamar verdaderamente sumas apreciables. Por eso pensé entre mi: si voy a visitar con más frecuencia los lugares de diversiones, apartando siempre 20 por ciento de las sumas que quiero gastar, dentro de poco en mi alcancía se reunirá una suma considerable. Ya vés, querido tío, que he seguido tu consejo y no tienes derecho a reprenderme.

Un viejo refrán dice: "En las manos de un zonzo el mejor remedio se vuelve veneno".

★ ★ ☆ PANTALON ★ ☆ ★

Pantalón es padre de familia, tanto en el escenario, como en la vida. Tiene dos hijas, Isabel y Aurelia, tanto en el escenario, como en la vida.

El telón aún no se ha levantado, pero el público ya está sentado en la sala, impaciente. Los jóvenes sentados en la galería, para pasar el tiempo, arrojan las cáscaras de naranjas sobre las cabezas de los señores ubicados en las butacas de la platea. Las elegantes damas, sentadas en los palcos, echan a través de sus velos negros las miradas tan ardientes que parece increíble que no lleguen a quemar el fino tul.

Pantalón no toma parte en la primera escena, pero permanece de pie al lado de sus hijas. Isabel cose y Aurelia toca el laúd, o, mejor dicho, lo va a tocar cuando suba el telón.

—La verdadera dicha se encuentra sólo en el seno de la familia,— dice el hombre a sus hijas—pero hay que saber ganarla con la virtud.

—Oh, papá—exclama Isabel, exhalando un profundo suspiro—es tan difícil ser virtuosa cuando una trabaja en el teatro.

—Yo podría volverme a casar— prosigue Pantalón —, Colombina me ama.

Aurelia lo mira sonriendo y dice:

—Deberías de tomar pastillas contra la tos que usan todos los ancianos. Todas las mañanas toses dos horas seguidas.

—Es una tos de salud—replica Pantalón—. Los jóvenes, cuya salud aún no se ha formado definitivamente, no la tienen. Esta tos llega a la edad de setenta años, cuando el organismo se fortifica por completo.

El público se vuelve impaciente y patalea. Isabel enhebra la aguja y dice:

—Ya están intranquilos. Pero el obrero no va a alzar el telón hasta que el director no le pague el sueldo que le corresponde.

—El joven tiene razón—contesta Pantalón—. El no es un artista sino sólo un mercenario. Pero, les quise decir una cosa—prosigue luego. Tengo para vosotras dos excelentes partidos. Hijas mías, puedo morir tranquilo, pues las dejo aseguradas en este mundo de luchas.

El hombre saca su pañuelo, se suena la nariz y, después de haber mirado el pañuelo con aire serio, vuelve a guardarlo.

Las dos chicas se ríen de buena gana.

—El médico y el escribano?

—Son mis amigos—replica Pantalón.

—Amigos de infancia—exclaman las muchachas.

—Sí, afirma el padre. Son hombres en la flor de la edad. Cuando... cuando yo, viejo caballo de carga, llegue a morirme... Mi padre y mi abuelo murieron entre los bastidores. Los dos eran los primeros Pantalons de su tiempo. Aquellos eran otros tiempos. En aquel entonces aun existía el verdadero teatro y los artistas podían hablar.

Muy conmovido se seca las lágrimas.

—Pero, papaito, quién habla de la muerte?—exclaman las chicas a la vez.

Se ponen de pie de un salto, abrazan a su padre, acercando lo más junto posible sus mejillas pintadas de rosa a las arrugas pintadas de gris del anciano.

—Ayer, al verte pasar a su lado, Colombina exhaló un suspiro, pero no te has dado cuenta de ello.

—¿Será cierto eso?—pregunta Pantalón animado.

Luego prosiguió acariciándoles las manos:

—Sois buenas chicas y queréis a vuestro padre. Pero tenéis que reflexionar. Leandro y Lelio son jóvenes y no se puede fiar de ellos.

Ambas sueltan una carcajada exclamando:

El envío del Conde

—Pero, papaito. ¿Quién fué el que, la semana pasada, mandó a Carolina un ramo de rosas y una poesía?

—Las rosas no han costado nada, —replica el hombre con animación. Las mandó el conde para vosotras. De dónde iba a sacar yo el dinero para las rosas? Por otra parte el conde tampoco pagó por...

—El conde?—interrúmpenlo las bellas. Y no nos has dicho nada.

—Para qué les iba a decir algo? —replica el hombre acalorado. Soy padre y mis hijas son mi mejor tesoro. ¿Qué es el conde para mí? Poco menos que nada.

—Pero, algún día va a recibir la herencia—pronuncia Aurelia con aire pensativo.

—¿Cuándo? — pregunta Pantalón con la mayor sangre fría.

En este momento viene el director apresurado y sudando a gota gorda, y pregunta a Pantalón, de muy malos modos, qué es lo que hace en el escenario? Pantalón desaparece entre los bastidores, enviando a sus hijas un beso al aire. Suena la campanilla, el telón se levanta, Aurelia toca el laúd y canta, Isabel deja caer la costura en sus rodillas, escuchándola con una expresión conmovida en el rostro. El público está fascinado.

Los cuatro rien

Aparecen Leandro y Lelio. Las chicas les cuentan que Pantalón quiere casarlas con el médico y el escribano respectivamente. Los cuatro se ríen, como sólo pueden hacerlo los jóvenes. Aurelia tiene una maravillosa risa argentina; la ha heredado de su padre. En aquel entonces su madre tuvo amores con el joven Duca. Pantalón se seca una lágrima en el ángulo del ojo izquierdo, teniendo buen cuidado de no estropear sus afeites; está conmovido. Lelio hace una descripción de Pantalón. Este es tan avaro que guarda las uñas que se corta, para venderlas luego a los campesinos como abono; envuelve la campanilla para que el aire de la casa no se gaste por el campanilleo. Pantalón sonríe satisfecho. Gracias a su parquedad ha reunido una buena fortuna. Que sus hijas se casen con el médico y el escribano, que también han economizado dinero, y entonces puede morir tranquilo. Isabel canta. Tiene una hermosísima voz. Haría mejor si hubiera elegido la carrera de cantante; hubiera cobrado un sueldo mucho mejor. Ha heredado la voz de su padre: en aquel entonces su madre tuvo amores con un bello franciscano. El público aplaude, llama a Da kapo. Sí, a Da kapo. ¡Oh! qué lejana es aquella época, cuando nacieron Aurelia e Isabel!

Ahora viene la réplica de Pantalón. Entra, tronando contra las dos muchachas. Los novios de éstas huyen despavoridos, escondiéndose en el ropero.

Pantalón quiere abrir el ropero, pero no encuentra llave. El público se desternilla de risa. Si, cuando sale al escenario uno de los viejos artistas, de la época del verdadero arte, es otra cosa. Pantalón comunica a sus hijas que el médico y el escribano tienen que llegar en seguida. El notario viene acompañado de Pulchinella, escriba, para firmar en el acto los contratos matrimoniales. Luego vienen los tres. El médico, el notario y Pantalón trabajan juntos, los tres de la época pasada. Trabajan juntos desde hace cuarenta años. El público se regocija de puro contento, se sostienen las barrigas de la risa. Para demostrar su admiración arrojan, desde la galería, las naranjas, al escenario.

Los tres artistas hablan de la época de su vida, cuarenta años atrás recordando que en sus mocedades han sido muy pobres. A lo largo de las arrugadas mejillas de Pantalón corren abundantes lágrimas de enternecimiento, ocasionadas por los recuerdos de la sagrada, feliz e irrecuperable juventud.

Pulchinella abre su libro, coloca en la mesa su tintero; tiene todo preparado para firmar los contratos matrimoniales. Pero, ¿dónde están las muchachas? Mientras los viejos mantenían su amigable plática y Pulchinella preparaba su libro, las chicas abrieron sigilosamente el ropero y huyeron acompañadas por sus respectivos novios. Los tres ancianos están desesperados. Pulchinella llora por los derechos ultrajados; el telón cae. El público aplaude con vehemencia; los muchachos en la galería se vuelven locos de contento.

¿Dónde están Isabel y Aurelia, Leandro y Lelio? No se les ve entre los bastidores. El escribano y el médico los buscan por todas partes. Pantalón se escabulló, sonriendo, al fondo del escenario, donde se encuentran los decorados abandonados desde la víspera. Se sienta en un carro adornado con guirnaldas de rosas, que se llevará por los aires por dos palomas enganchadas con cintas de color rosa. Sin dejar de sonreirse, baja la cabeza y queda adormecido.

Adornado de rosas

Otros artistas salen a trabajar en el escenario; el público aplaude y patalea. Luego el telón cae por última vez; los espectadores vuelven a sus respectivas casas; las luces se apagan; los artistas, apresurados, se deslizan por una puertecita del fondo a la calle. Pantalón sigue sentado en el carro adornado de rosas, durmiendo con una sonrisa en los labios.

A la mañana siguiente las mujeres que vienen para barrer y limpiar el escenario encuentran al anciano, rígido y frío. Había muerto en el carro adornado de guirnaldas de rosas y tirado por dos palomas blancas, enganchadas con cintas de color rosa. Su nariz se volvió puntiaguda; en sus labios se dibujó una celestial sonrisa.